

El que el amor de la virtud prefiere,
 El que su pecho á la venganza esquivo,
 Es de ejemplo perenne siempre viva,
 Es de ejemplo fanal que nunca muere.

Por eso, Nicolás, yo te contemplo
 En la Historia de México un atleta,
 En el cielo de México un planeta,
 Del buen nombre de México un ejemplo.

Huejuquilla (Estado de Chihuahua), 1886.

TELESFORO CASTAÑEDA.

D. NICOLÁS BRAVO.

I

No debería ser la pluma la que trazara sobre el papel los rasgos grandiosos que delínean la fisonomía olímpica de un héroe. Debería ser un pincel divino el que con rayo de luz escribiera en el cielo sus hechos inmortales.

Para ensalzar la grandeza que es el fondo del heroísmo, es insuficiente la palabra: se necesita la nota, el canto, el himno: no basta el juicio favorable de un día: se necesita la fama duradera y legítima, ese hurra grandioso, justo y perpetuo de las generaciones.

De aquí que, al ocuparnos del héroe que motiva estas líneas, resulte nuestra torpeza tan grande como nuestro atrevimiento, y esto sólo sea disculpado por el entusiasmo ardiente de juntar nuestra tosca piedra á los pulidos mármoles y bruñidos bronce que formarán ese hermoso monumento que con el nombre de Album, va á levantar el Estado de Guerrero á la memoria de uno de sus hijos más esclarecidos.

II

En los dramas históricos que resuelven el desplomamiento ó exaltación de las naciones, surgen siempre como factores principales de esos sucesos de no medida trascendencia, hombres que personifican en sí el valor, la abnegación, el heroísmo, la nobleza y el martirio.

En esa etapa luminosa de nuestra Historia, que comienza en 1810 y termina en 1821, etapa alumbrada por el amanecer radioso de las nuevas ideas, ese santo legado del siglo décimooctavo; en ese período de tempestad sólo ilumi-

nado por el relámpago de los cañones y la aureola fulgente de mil mártires; en ese momento de suprema lucha, en que el derecho reclama su imperio, la justicia su vindicación, el pueblo sus libertades y la humanidad sus fueros; en ese tiempo de dura prueba que sufren todos los pueblos cautivos para alcanzar su advenimiento á la vida de la libertad, y que el nuestro afrontó con arrojo y soportó con sublime serenidad; en esos días á un tiempo queridos y terribles, columbramos al lado de las figuras egregias de Hidalgo, de Morelos y de Guerrero, la talla inmensa del valiente de Chichihualco y Tixtla, del magnánimo de Medellín, del mantenedor de Coscomatepec, del vencedor del Palmar, del héroe de Chapultepec, del soldado sin tacha D. Nicolás Bravo.

Este campeon de prosapia de héroes, pues el valor y el patriotismo fueron arraigado patrimonio en su familia, es una de las más simpáticas entre las grandes figuras de la guerra de emancipación.

Naturaleza templada para todo lo grande, desde temprana edad dejó las satisfacciones que su juventud y buena posición le ofrecían, por abrazar con decidido amor la santa causa de la Patria, cuando ella aparecía más débil y desprestigiada aun entre sus mismos defensores.

Carácter de firmeza nada comun, una vez empeñado en la lucha, tomó un participio activo, eficaz é infatigable en todos los hechos de armas que las circunstancias ponían á su alcance, sin que hubiera descansado un solo día en los varios años que fué luchador, hasta el 22 de Diciembre de 1817 en que se hizo su captura por los realistas.

El exacto conocimiento que tuvo de las cosas de aquel tiempo, junto con sus atinadas disposiciones, su prevision, sus maneras atractivas é insinuantes, y sus demas dotes, prestigiaron grandemente la causa que defendía, levantándola en el espíritu de amigos y enemigos, á mayor altura que lo hubieran hecho muchos triunfos sangrientos.

Su magnanimidad excepcional, llevada al grado supremo en el hecho más culminante de su existencia, perdonando la vida á 300 prisioneros, en lugar de pasarlos por las armas, como lo pedían por un lado la disposición de Morelos, y por otro la cruel obstinación del virey, quien en vez de aceptar la propuesta de canjear al padre de Bravo por los prisioneros realistas que en número de 800 tenían los insurgentes, ordenó con saña tenaz la muerte de aquel patriota en garrote vil.

En aquel tiempo de bárbaras represalias, en que se compensaba ojo por ojo, diente por diente; en que lo tirante de las circunstancias y las exigencias del tiempo y de la guerra llevaban á replicar á una hecatombe con otra hecatombe, exacerbándose así más y más el odio, la saña y la inclemencia de los

contendientes, y apurándose por tanto hasta donde la palabra no puede ir, los medios más escandalosos de venganza, de tormento y de exterminio, fué cosa de asombrar á todo el país la notabilísima conducta de Bravo, concediendo la vida á los que la muerte reclamaba en nombre de la guerra, en nombre de la causa, y en nombre de la crueldad obcecada del gobierno vireinal.

Todos los hombres de genio y de verdadera grandeza, como Bravo en esa memorable ocasión, como Rosales, el héroe de Sinaloa en la guerra del segundo imperio, el 22 de Diciembre de 1864, saben mostrarse generosos en el momento oportuno, coronando la victoria con el perdón, levantando así el prestigio de su causa, y granjeándose á un tiempo la admiración, el respeto y la gratitud de sus enemigos.

Las fuerzas insurgentes indisciplinadas, como que era la primera ocasión que se aventuraban en los empeños de la guerra, levantándose aquí y allá pelotones aislados según las circunstancias de cada lugar, y la decisión y elementos de sus habitantes; careciendo de un plan comun de operaciones, de la cohesión que da un régimen uniforme, de un jefe superior reconocido como único, de la homogeneidad de todo ejército, etc., parecía natural y lógico que llevaran en sí un germen de disolución, de discordia, de ambiciones, y de miras torcidas tan fáciles de realizar por entonces. Sin embargo, nada más contrario á eso acontecía, y esto es lo que motiva verdadera admiración en quien considera tales cosas.

D. Nicolás Bravo, como verdadero patriota, se distinguió frecuentemente abdicando la superioridad que justamente le correspondía en muchas empresas, sólo por evitar un conflicto perjudicial para su causa, mostrándose digno ciudadano que ponía la suerte de su Patria muy por encima de las rencillas y pasiones del partidario, y de su propia consideración personal, por legítima y debida que fuera.

Estos detalles elevan al hombre y delinear muy bien la talla inmensa del ilustre caudillo que nos ocupa.

Al retirarse éste transitoriamente para atender á su quebrantada salud, fué aprehendido por Armijo en el rancho de Dolores. El aprecio y admiración de sus enemigos, le alcanzaron que sufriera en lugar de la pena última ya decretada, la de prisión. En el largo tiempo que ella duró, el ilustre preso, en medio de mil penalidades y dolores, mostró la dignidad y entereza que jamás abandonaron su carácter distinguido, y que hacían decir al Virey que Bravo le causaba siempre la impresión de un príncipe cautivo.

El héroe prisionero, habiendo sufrido la confiscación de sus bienes, tuvo que arrostrar una vida miserable, al extremo de tener que labrar con sus ma-

nos artefactos modestísimos para atender con su mezquino producto á sus necesidades dentro de la cárcel.—Si conmueve el General que perdona á sus vencidos, hace llorar el cautivo que con la misma mano que esgrimió la espada de la libertad, triunfadora en cien combates, maneja una pobre y humilde herramienta para obtener algunos cuartos.

Decretada su libertad en Octubre de 1820, militó luego al lado de Iturbide, quien solicitó con empeño su valioso concurso, hasta realizarse la Independencia, y despues de ella ocupó distinguidos puestos en los diversos gobiernos que se sucedieron, y varias veces la primera magistratura del país.

Despues le vemos, cuando la invasion americana, mostrando en Chapultepec el mismo brío y heroismo que en los comienzos de su vida, aunque el destino siempre fué entónces fatal para nuestras armas.

Este fué el digno epílogo de la vida pública del grande hombre, que consagró los albores de su existencia y las aspiraciones de su juventud, la fuerza de su edad y el goce de su buena posicion, y hasta el reposo de su vejez, al servicio de la Patria.

III

El respeto y la gratitud hácia los grandes hombres, es el homenaje más santo que les rinden los pueblos dignos.

Éstos cuidan de tener siempre á la vista el recuerdo de esas vidas que ha ilustrado la grandeza, para que el ejemplo elocuentísimo del pasado los aliente para vencer el presente y abordar el porvenir.

Porque ellos comprenden que el heroismo de los que se han ido, es un perpetuo remordimiento para las generaciones débiles que no saben imitarlos.

Así han creído los que han tenido y realizado el alto pensamiento, meritorio ante la sociedad y ante la Patria, de recordar la memoria del eminente guerrero que nos ocupa, porque la exaltacion de los hijos ilustres de un pueblo, levanta á éste de su aminoramiento y estorba su decadencia.

¡Oh ángel consolador de los inmaculados recuerdos! vuela sobre la tumba del héroe y confía nuestra gratitud eterna á sus manes inmortales; inmortales, sí; que si allí reposan sus huesos, su espíritu vivo está en un altar: el que le hemos erigido en el sagrado de nuestros corazones!

A LA MEMORIA

DEL

GENERAL NICOLÁS BRAVO.

EN SU CENTENARIO.

Arranca ¡oh musa! de mi ronca lira
Mil vigorosos tonos,
Y en mí los cantos de la gloria inspira!
Mi corazon suspira
Al soñarme en la rústica cabaña
O cabe la ancha grada de los tronos,
Escuchando la voz pura y vibrante
De errantes trovadores,
Que perdidos en áspera montaña,
Con las ninfas del bosque en blando coro,
Cantaban los combates, los amores,
Con sus templadas cítaras de oro;
O en trovas divinales
Esculpian en la Historia
Del paladin las proezas inmortales,
Que entre sus alas cobijó la gloria!

* * *

Entone el israelita
Sus cántigas de gloria en alabanza
De un ilustre Patriarca, que obediente
Al divinal mandato,